


Accessions
115645
Shelf No.
D.1606.9
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

First Edition

LA DERROTA

DE

LOS PEDANTES.

Neminem specialiter meus sermo pulsabit. Generalis de vitiis disputatio est. Qui mihi irasci voluerit, prius ipse de se, quod talis sit, confitebitur.

S. Hieronym. *Epist. ad Nepotian.*



CON LICENCIA: EN MADRID.
EN LA OFICINA DE BENITO CANO.
AÑO DE MDCCLXXXIX.

§.

Esta obra no necesita Prólogo: por eso no le tiene: necesitaba Notas; pero el Autor no ha querido ponérselas.

Estábase Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas: la alcoba tenebrosa y fresca: el palacio en profundo silencio; y el Dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente magestad, haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se habia quedado traspuesto en un chirivitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al Diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dexaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas Deidades, quando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina: alteróse Mer-

curio: dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie; esto es, sin talares, porque Madama Terpsicore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco ántes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiar. Afligióse sobre manera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal Dios no puede dormir en verano si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveydile de los Dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor, vió venir un burujon de gente, que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena, y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi

mo-

moribunda, el peynado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. ¿Qué es esto? dixo el Dios, al ver aquel lastimoso espectáculo, ¿qué es esto? ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo ayre á la desmayada con un quaderno de minuetes, ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas qual mas qual ménos estropeadas, y Apolo nuestro Señor, muy á pique de quedar por puertas, si duerme quatro minutos mas. ¿Pero no sabremos?... No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes Pedro.

¡Cáspita! dixo Mercurio, y en qué lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer ad-

mitir el convite, por mas que mi hermano me molia á recados todos los Domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de nectar, que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. ¡Majadero de mí! que podria estar ahora en el Olimpo, miéntras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda. ¡Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y miéntras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio, que estaba hervorizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba, roncaba todavía como un Provincial.

Dió-

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia dispertarle; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el Señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasáron, los interrumpiéron Erato y Polimnia, que entráron en el dormitorio dando alaridos, y remesándose los pelos como unas desesperadas.

¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Phlegon, para que montes en él, y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter, para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. ¡Ay! y di-

rásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un exército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobrio de la humanidad, se estilan exércitos en el mundo.

Vamos, dixo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y quanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. ¡Ay hijo mio! ¿descalabrado estás? dixo Erato: ¿pues qué te has hallado ya en la refriega? ¿te ha herido alguno de aquellos Poetas descomunales? No se quien me ha herido, dixo Apolo; pero ¿qué dices de Poetas? ¿Qué, los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, han podido mover alguna sedicion? No son esos, replicó

Po-

Polimnia, ¿ni cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son Poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas quantas docenas de docenas de Pedantones, Copleros ridículos, Literatos presumidos, Críticos ignorantes, Autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices, que ni hemos inspirado, ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento, ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al Público dividido en tomas: otros, que no habiendo saludado jamas los preceptos de las Artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del Cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exâcto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con ay-

ayre magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros, y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman Comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro Español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose Intérpretes de la Nacion que los tolera, se

han

han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, quando la muerte arrebató al Cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono Español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. ¿Pero qué me detengo?... ¡mísera!... Corre, y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía, y el esplendor de las Musas Castellanas se perdiéron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detras de él, se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por

instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcazar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos exércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías baxas, obstinado en abrirse camino, y ganar los puestos que se le defendian. El exército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los Poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas, y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias Nimfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defen-

sa de su titubeante honor. El exército contrario era una turba confusa de diversas gentes, que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden, ni disciplina, ni Xefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos Dioses rezeláron mucho del éxîto que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebuxó en una capa astrosa, que al paso le prestó un Proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de Doctor, para no ser de nadie conocido. Echó á andar, siguiéndole su hermano, y á breve rato se halláron en lo alto de la escalera: Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse á las eminencias, para desde allí ofender

der con mas ventaja, aunque en ménos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fuéron estas para el Dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano como los que tienen mucho miedo; el qual miedo se le aumentó sobre manera, viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros, y sollozos y gemidos tristísimos, ¡ay, hermanos! dixo, que esto va de mal en peor, los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes, ¡mi querido Cervantes! estan heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban: los enemigos se aumentan sucesivamente: no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

¿Y mis zapatos? dixo Mercurio, ¿qué hi-

hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? Ahí los tienes, respondió la Musa, sacándolos de la faltriquera; póntelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio, puesto ya en cuclillas, y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alígeros, ¿yo escapar? no en mis dias: ahora sí, escapar: dexadme á mí, y veréis quién es Calleja.

Dicho esto, se disparó por los ayres adelante como un cohete; y encaramándose á las bobedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno, ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. ¡Ah de abaxo! decia, ¿qué tremolina es ésta? ¿qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcazar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyen-

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea: alzáron todos la vista, y viendo en el ayre aquel espantajo voceador, no pudiéron ménos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: mi hermano Apolo quiere que dexeis las armas por una y otra parte: y á vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena, que si alguna pretension tubiereis, me la digais al instante, sin andaros en ambajes, ni tranquillas, que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro, que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los Dioses.

Separáronse, en efecto, las dos quadrillas: los de casa volviéron á ocupar su escalera; y los intrusos, recogiendo algunos heridos, se hiciéron un peloton. Mer-

curio entónces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fuéron tantas las que diéron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen, y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con el otra vez al techo, y desde allí les dixo: puesto que no es posible haya union en vosotros, para que un Comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á éste para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero

entretanto que le llevo, y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo de el último escalon de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la línea de estos arcos: nadie se atreva á insultar á otro: no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla, ni mala razon, y cuenta con ella: por que si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recien buhidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decia el Dios del babeo únicamente para atemorizarlos: porque, segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos, que un puñal sin punta y mohoso de la Señora Melpomene.

Lo

Lo cierto es, que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiráron á los parages señalados; y el Dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dexaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio, que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa: torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la Guerra del Filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó, ni mas ni ménos, quanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el Dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolviéron

que Apolo recibiese la embaxada con toda ceremonia, para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza: que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al trahido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exâsperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer qualquier exceso; y en fin, que miéntras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talares en ir y venir, y volver y tornar, para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, miéntras Apolo se fué á vestir de gala, y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agugero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar, ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á

la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en ménos de un quarto de hora que llevaba de encierro, habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal, y tres sonetos caudatos, quexándose de su mala suerte, y llorando su prision, como pudiera el mismo Macias.

¡Cuerpo de tal conmigo, dixo Mercurio, y qué páxaro tenemos en la jaula! ¡para mis barbas si no es éste el peor de su rebaño! ¡haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo, y vena.

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño: salga acá afuera, señor galan, salga acá afuera, que ya

 he

he llegado á entender su habilidad: salga, y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

¡O favor! exclamó el de los ovillejos, ¡o favor! y tendiéndose en el suelo quan largo era, agarró de las piernas á Mercurio, y le besó los pies una y muchas veces: el Dios se resistia; pero no lo pudo evitar: levantóle con mucho agasajo, y el Poeta, sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas, para que no ofendiesen á la Deidad, que al ver aquellos obsequios apénas podia contener la risa.

¡Que es posible, decia, arqueando las cejas, y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio,

el claro Cintio, el Patháreo Numen, desea verme, solicita conocerme, y tratarme! ¡o favor! ¿Pero es cierto, soberano Alipede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¿es realidad fisica, ó extravío de la imaginacion férvida? ¿es soporoso nocturno rapto, que en la atezada caligine. . . No es caligine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad, que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, por que os mandará tirar de un balcon, y le obedecerán al punto.

¿Qué decis, ínclito Nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes Númenes? No, facundo nieto de Athlante, no lo hallo posible. Si es posible ó no, añadió Mercurio, vereislo despues; y vuelvo á avisaros,

ros, que si no dexais esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar múy mal, señor repentista. *Sileo libenter*, dixo el Poeta; y en estas y otras razones se halláron en una pieza inmediata al salon de audiencia: asomóse Mercurio, y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del Coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces, que el Dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos¡ exclamó entónces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un Dios lo que en el mundo, en las Cortes, en los Palacios exîgen los hombres de los otros hom-

hombres! ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá, que un hombre como yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento, y obscurecido entre el vulgo, *prophanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con Próceres, Potentados, Ministros y Magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos Opúsculos, que exîsten arratonados en mi guardilla, que jamas verán la luz pública: ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Ó pobreza! *Pauperiem pati*, que dixo el Anónimo: esto es, *pauperiem*, la pobreza, *pa-*

ti,

ti, sea para tí, que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada.

¿Y qué obras son éstas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anis lo que tengo escrito! Figúrese Vuestra Serenidad de primera entrada veinte y tres Comedias, nueve Follas, cinco Tragedias, dos Loas, cincuenta y dos Saynetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur*? y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto.

Primeramente tres Epopeyas concluidas, y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevencion de á veinte y quatro cantos por barba; esto es las Epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las de-

dedicatorias, sino las Epopeyas, se puede reputar por una Enciclopedia Metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dexan al Lector amantísimo que desear.

¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿qué diré, sino que pasan de quatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido, por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas; ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrian. Pero ¡qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quexas, favores, zelos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la qual he querido epilogar y unir quantas perfecciones repartió en las

de

demas la naturaleza... ¡Ay mi dulce Nise! ¡ay idolatrada Señora mia! Esta, pues, Nise predilecta (de la qual ya tengo sucesion, segun consta en el Madrigal doscientos y quatro de mi Coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de quarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada quando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y quatro para las vendimias.

Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho, vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvios, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias: no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me

me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí si quereis la prueba unos quatrocientos endecasílabos, que compuse á la Proclamacion de nuestro Soberano, dicen así, ni mas ni ménos, *favete linguis*:

El dia diez y siete del corriente,
Á cosa de las nueve ó nueve y quarto
De la mañana, se juntáron todos
Los Señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera, que cosa mas lucida
Ni se ha visto jamas, ni se ha pensado.
Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los mas con bordadura, y los restantes
Á cada qual mejor (si no me engaño).
Pues como llevo dicho, se dispuso

La cavalgata, y luego muy despacio,
Cogiéron y se fuéron á la Villa
Segun estaba ya determinado.
Y al llegar á la puerta...

Basta, basta, dixo Mercurio, no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores; callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el Poeta, si esta composicion Pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamas de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor*! ni sé quando me veré con dinero para imprimirla, ¡ó livor! ¡ó ignorancia! ¡ó siglo calamitoso, y fatal á los alumnos de las Musas! ¡Yo sin capa! ¡yo sin haber almorzado todavía! ¡yo debiendo cincuen-

ta

ta reales al P. Procurador del Carmen, por los alquileres de mi desvan! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli*, y el *Sanchez de Matrimonio*! ¡yo, que he escrito un curso completo de Artes y Ciencias, que puede ir en carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al Castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus Literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Amphion harmónico? Sí señor, debaxo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué seria, ¡ó Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exôtica, si el mismo Apolo... El mismo infierno con to-

das

das sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dixo Mercurio: ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calleis? ¿os estaréis hablando hasta mañana? ¡parlanchin ridículo! Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscarás, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

Parce domine, respondió el Coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, quando el Alipede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia, que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al Embaxador.

Entráron, pues, en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de exquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus colum-

lumnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veian los orígenes de las Artes y los progresos del talento humano: muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle à la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la Arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. Á otro lado los Egipcios daban principio à la Geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomò su orígen la Pin-

tura ; perfeccionándose despues lentamente con la invencion casual de los colores, y la perspectiva , que apénas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio , fiados á un tronco mal seguro: una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento , y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los Árabes y Caldeos observaban el aparente giro del Sol , y en las serenas noches al Planeta que recibe su luz , y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La Escultura en otra parte ponia sobre las aras vultos informes , que adoraba supersticioso el temor ; y mas allá los Phidias , Lisipos y Praxîteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma , que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducia á los hombres en vida social , les daba leyes , y les persuadia la ne-

necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos Chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas Repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las Ciencias y las Artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el Padre Homero, á quien rodeaban con admiracion los Poetas de todas las Naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira celebraba con sublíme verso las victorias Isthmias y Olímpicas, y eternizaba el nombre de Hyeron. Symónides cantaba tiernas elegias. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Sapho, desgraciada en amor, se precipitaba del Promontorio de Leucate al mar, y repetia muriendo el nombre de su ingrato Phaon; en tanto

to que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudia la juventud de Grecia á escuchar en las Academias el Lyceo y el Pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy léjos se levantaban teatros magníficos, para declamar con el auxîlio de la Música las grandes obras de Eschylo, Sophocles y Euripides, que alternaban con las del atrevido Aristophanes, á quien Menandro siguió despues para obscurecer la gloria de quantos le habian precedido. En otra parte Demócrito, y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mústios, sobre la Física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y

mas allá Demósthenes desde la tribuna de las arengas, conmovia al pueblo Ateniense, le persuadia por algunos instantes á sacudir el yugo Macedónico: excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milthiades, Conon, Cimon, y el justo Arístides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnia atroz, y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato; veía á pesar de su eloqüencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las Musas le acompañaban inmediatas al solio, y los mas célebres Poetas Españoles, segun la edad en que floreciéron, así ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el Coplero de aquel

aparato y magnificencia, no ménos se admiráron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; sí bien es verdad, que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceyte y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas á modo de randas ó cucharetero: sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

Este es, dixo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber; y acercándose á él, le dixo al oido: mirad, señor,

ñor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos, porque si así no lo hiciéreis, témome mucho que mi hermano os mande freir, y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde; y habiendo dicho esto, se fué volando à observar lo que pasaba en la escalera.

El Poetastro encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar: diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

Reverberante Númen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda
Al que en rithmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Harmónica pasion, ¡ay! no te aturda

Ver rompo de tu tímpano el teristro.
La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro.
Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.

Rebentaba Apolo entre la indignacion y la risa: las Musas se tendian por los suelos dando exôrbitantes carcaxadas: los Poetas se miraban unos á otros, sin saber lo que les sucedia; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja, que estaba inmediato, le dixo: ved, Señor Enviado, que Apolo nuestro amo, no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es... ¡Áh! dixo el de las sopalandas, ya

sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprehendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
    Proteges, honras al que versos urda,
    Rauca mi lira atiende tosca y burda,
    Simil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro
    Páxaro dulce en la ribera zurda,
    Hace canoro que fugaz aturda
    Su voz, rompiendo el diáfano teristro.
No ya disimil yo, si el Indio electro
    Prestarme gustas, que veloz al Austro
    Sones encarga de curvado plectro,
Métricos mucho al eminente claustro
    Llevaré rithmos, ¡o divino espectro!
    Que el zenit giras en ebúrneo plaustro.

Ola,

Ola, Ministros, dixo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle, y embiadsele à Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los Genios Tartáreos, y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo, no quiero verle.

Esto decia el Dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las Musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograse el fin á que era traido, ó deseosas de divertirse oyendo sus desvarros, intercediéron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar à Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre, relataria quanto era menester; y él miéntras

tras esto sucedia estaba abocinado en el suelo, hecho un ovillo, sin rebullirse, ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los Infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los Comerciantes por menor, las Viejecitas que azuzan, y los Administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia, que pensaba recitar à Tesiphone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantáron entre Figueroa y D. Juan de Jáuregui, los quales volviéron á predicarle de nuevo lo que debia hacer, para no incurrir en la indignacion de Apolo.

Harè quanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré quanto Phebo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi nara-

racion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio Délfico, Deidad Smíntea, el suceso es éste.

Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan, somos alumnos vuestros: la divina Póesis fué nuestra delicia desde los años infantes: hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion: basta esto, *suficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

¿Qué es Poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un Rengifo por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer qualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco

de

de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada qual nuestro Rengifo, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que áltamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudarémos ofrecerlas por modelo al orbe, que las admira, y á las generaciones futuras, que han de anonadarse al verlas, ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿quién nos disputará este honor? *dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas, y conseqüencias.

Siendo Poetas, como lo somos sin remedio, ¿quál debe ser nuestro exercicio? ¿texer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no: claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas, que por útiles

y

y honestas, estan reservadas al ignorante vulgo: así, pues, siendo Poetas, debemos poetizar, y no otra cosa: debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

Pero esta Nacion ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, miéntras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquezemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los quales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, segun la hemos visto decadente y mal parada.

Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dixo el Griego) cantando y llorando (*canentes & flentes*, que hubiera dicho el Latino) en todas las ocasiones en que el hado,

ya favorable, ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro Príncipe Fernando, coplas á D. Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

¡Pero con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felizes invenciones las nuestras, ¡ó qué felices! ó huevos de Leda, huevos benéficos, y de inestimable valor! ¡O Jacob y Esau! ¡ó Rómulo y Remo! ¡Con qué oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haziendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esau bru-

brutal, un Rómulo fratricida ; y lo que es mas lindo (por que al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas, y crueles, que todo esto diximos muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados Infantes, *infandum Regina jubes*, como dixo allá el Filósofo.

¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo Poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberano arbitrio, que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio, con el qual se forma en un guiñar de ojos qualquier poema, pues á todos viene como llovido, ¿se trata, por exemplo, de alabar

al-

algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El Poeta no tiene mas que acostarse, y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasgo, una Ninfa ó qualquiera otro personage alegórico, con gran concurso de geniezuelos al rededor; y este tal personage reprehende al vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente, y que escriba esto, y aquello, y lo demas allá, y de este modo le informa de quanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el Poeta del Lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte quantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un Poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro co-

giendo el sol en un cerro ; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo , siempre es el mérito igual , y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

¿Y el estilo? ¿y la versificacion? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas , ¿no se descubren bellezas incomparables , que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produxéron? ¿No es cierto, Señor , que con esta irrupcion de coplas , con este chorroborro perenne de versos , hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres Autores de la edad vetusta , y revolviendo el Parnaso Castellano patas arriba ? ¿ no es cierto ?

Así nos lo persuadiamos : con este fin tra-

trabajabamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria, *Pan curat oves oviumque magistros*, como dixo Gronobio, muy á mi intento.

¿Pero qué sucedio? ¡ó iniquidad! ¡ó livor! ¡ó influxo adverso! ¿Qué sucedió? Que así como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requexo, y con el Calepino, Facciolati, y otros), que así como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna; si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus aurículas, le extraxo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña

la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos Zoylos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzáron á gritar contra nosotros, nos desacreditáron enteramente, nos adjetiváron del modo mas cruel.

Este fué el galardon, ésta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: despues de habernos recocido los sesos en amontonar erudicion gentílica, histórica y dogmática; en rehinchir versos, ajustar cadencias, y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganabamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches, *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dixo no se quién, en no se qué libro.

Pero como por especial favor de la pro-

videncia, así somos estupendos Poetas como Filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones, y quadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hiciéron sectarios de la exâctitud, economía y correcion, que algunos invidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echáron á volar unos poemas tan exâctos, tan ecónomos y correctos, labrados á compas, nivel y esquadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar, ni añadir. Otros se diéron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las Ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo qualquier curioso, miéntras el Peluquero le ata la bolsa. Otros se diéron à la jocosidad festiva, y regaláron á

la Nacion gran cantidad de epígramas, díchîcos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡O cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡ó qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué Comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir: sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad, que segun él está arreglado, parece que se hizo exprofeso

para

para que yo y mis compañeros le proveyeramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡ó nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

¡Y qué diré de tantas erudítas disertaciones sobre el luxo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al Reyno con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los Caribes y Hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la Agricultura á fuerza de ruedas, tubos, embolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches. . . ¡O, Dios omnipotente y máxîmo! ¡que tan hábiles, y tan exîmios nos hiziste! ¿Por qué así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿por

qué, siendo tan desaforadamente instruidos, nos llaman Pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel, que nos sigue por todas partes, y nos extremece y horripila.

Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo quán pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente; pero esto dura ocho dias, el público se desengaña, ó nosotros por un quítame allá esas paxas, nos estropeamos á garrotazos en un portal, y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilion, nos conduce al Hospicio, ó nos reduce á la sopa de un Convento.

Pero en el *hic & nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia, quando circuidos de horrores, y faltos de consejo, hollabamos caliginoso pavor, y palpabamos atezadas lobregueces. *Ecce Corinna venit*, *ecce* benigna rutilante estrella, que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un Príncipe, la Nacion le jurará sucesor al trono de su Padre, Madrid previene regocijos, y ésta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurreccion.

Querémos cantar, sí señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del Príncipe D. Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo, ni pedazo de holandilla sobre que

no

no arrojemos décimas y octavas como el puño: volverémos á extasiarnos, y á dormirnos; y cruzarán por esos ayres á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heroycos y romanzones, que será una confusion.

¿Y los toros? ¡Ó mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡qué ocurrencias exquisitas estamos almazenando para los Caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran, y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones, en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Phalaris, el toro de

S.

S. Marcos, el toro de Europa, y el *toro Pater*!

Queremos, pues, con motivo tan plausible fatigar las prensas: no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente, que no engrudemos de alto abaxo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá Diario, ni Gazeta, ni Biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras.... Pero ¡ay, Cirreo Númen! ¡ay, reverendo Citarista fúlgido! ¡Cómo nos illude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

¿Qué harémos desamparados é inermes contra la osadía de tantos Críticos, que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡ó Deidad crinada y arcitenente! aquí implora-

ramos toda vuestra beneficencia, para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dixo el Mitólogo.

Ni es imposible, Señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; ántes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa, sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada segun estilo, en la qual se exprese, que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las quales, y de sus Autores han dicho y dirán los envidiosos Críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elegio. Diréis, además, que nosotros los que tales obritas hicimos y harémos, no somos Poetillas hüeros, trasgos

ri-

ridículos, ni cuervos raucos; sino Filomenas dulcísonas y Syrenas machos, que con vuestro influxo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantarémos hasta soltar la piel. Diréis, que para que la Nacion acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naypes y el aguardiente, siendo nosotros los Administradores, que podamos impunemente dar lecciones al Público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la Corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis, que en materias de buen gusto, de Lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo, que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba, calumnia, á toda censura, libelo, y

á

á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que, por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente, amonesta, y en caso necesario manda, y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la Fama anuncien la irrupcion poly-métri-encomiástica, que tenemos prevenida á la jura del nuevo Príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada qual se provea, á lo ménos, de un exemplar de cada obrita; para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

Tal es, Señor, nuestra pretension: con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana, entre diez y once, nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos iniquos; pero

ro apénas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, quando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría, que el Abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el zéfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos; . . . . pero en vuestro ceño, radiante Númen, advierto no se qué displicencia, que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras, y los arroyuelos: sigo, pues, adelante.

En esta, como dixe, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del qual saliéron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho ménos que nada tácitos y tranquilos: comenzáron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos: hicímoslo así: nos preguntáron ¿quiénes éramos, y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecia Xefe de los demas un volúmen membranáceo,

le-

leyó en él no se qué índices ó apuntaciones; y al acabar nos dió por respuesta, ¡ó respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio Póntico! nos respondió, que nosotros no estabamos reconocidos por sonoros elocuentes Vates, sino por Copleros adocenados y misérrimos: que nuestras obras se habian exâminado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero: que Apolo nos habia maldecido solemnemente en pleno Consistorio hasta unas quatro docenas de veces; y que seria ofenderle el dar un solo paso adelante.

Esto nos dixo Luzan, que así parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del dia, consideradlo miéntras lo restante patentizo.

Replicámosle como era razon: sacamos para su desengaño nuestros manuscritos: no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las

na-

narices, gritaba que nos fuesemos inmediatamente. Representamos humildes: negóse díscolo; y encendido en cólera fulminó dicterios y amenazas: ya era justísima la vindicta: arremetimos intrépidos: dimos con él en tierra: acudiéron gentes en su ayuda: travóse bélica porfia, y fluctuamos en incierto Marte, hasta que el Cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el Xefe, y los mas de sus atrevidos sequaces, ó contusionados, ó vulnerados, ó mútilos.

Seguimos adelante; y sí bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcazar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

Quisiéron estorbar el ingreso quadrupedantes turmas; pero fué vana su pretension: llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los átrios magníficos, vimos unidas pedestres haces, que comenzáron á disputarnos el paso: quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito, y el motivo que nos traia; pero interrumpiendo garrulos el apologético discurso, fundibuláron sobre nuestras vertices ponderosas lápides, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesífone, á esparcir terrores bélicos, á exâsperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos mílites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Númen belíge-

gero, embrazando el égida, sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los exes férvidos, y agitando flagelífero quádriga indómita. No de otra manera fulgurando el ether, se precipita rápido...

- Calla, calla, maldita criatura, dixo Apolo, calla, y no abuses mas de mi paciencia: vete, y dí á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamas los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse Poetas! ¡llamarse doctos! ¡y insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su Nacion, y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

¡Qué enxambre es este de Copleros y charlatanes que inunda vuestra Península! ¡qué enxambre pestilencial, que por todas partes se derrama y cunde! ¿Y en dónde estan aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de

tanto papel ridículo, que dictó la envidia, la demencia, ó el interes abatido y sórdido? ¿en dónde estan?

Cierto es que en todos los paises, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de Autores Pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre, el premio decoroso, y el aplauso; entónces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la Nacion que le produxo.

¿Pero qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura Española? ¿Por qué los que debian escribir, callan, quando los que aun no saben leer, escriben? Que, ¿tan

¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apénas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los exercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas, que enteramente desconoce?

¿Vacilaréis siempre entre las contradiciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extrangeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando conseqüencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas fre-

nética parcialidad? ¿quando por otra parte no hay apénas libro inútil, dañoso, ó ridículo en las otras lenguas, que no traduzcais á la vuestra, dexando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las Ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad, ni solidez?

¡Y qué traducciones, hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el exceso el habla Castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen, su gracia y hermosura natural.

¿Llegará el dia en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dexáron los Autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que tra-

yen-

yendo entre los despojos de las conquistas las Ciencias y las Artes, que halláron florecientes en la vencida Italia, las cultiváron despues en su pais, haciendo gloriosa entre las demas por su sabiduría á aquella misma Nacion, que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

Entónces no se instruian los Españoles en Compendios y Polianteas: no era tan universal su literatura, porque era ménos pedantesca, ménos frívola: los grandes hombres que ha producido España, entónces los produxo: las obras de mérito que tiene la Nacion, entónces se escribiéron; estudiadlas.

Su lectura os dará á conocer quáles fuéron los principios de la renovacion de las letras en España, quáles las causas de su explendor y las de su decadencia: veréis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los extrangeros, y lo que teneis en vues-

vuestro suelo digno de imitarse con incesante afan.

Sí, de imitarse: porque seria indecoroso además y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los Autores de otras Naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido: seria indecoroso á un Escritor, á un Orador, ó á un Poeta, carecer de las prendas de estilo, lenguage, versificacion é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la qual y para la qual escribe; y estas prendas (tan dificiles de poseer, unidas con otras, como necesarias), ni en los Escritores Franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia, pueden adquirirse.

Entónces se extinguirá, quizás, aquel

espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres, aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su Nacion, admirando con vergonzosa ignorancia quanto fuera de ella se produce; y á otros por el extremo opuesto los empeña en defensas absurdas, quando se trata de manifestar con rectitud y desinteres el mérito de éstas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas, porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo, exâctitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran, ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ò se deprime segun al Autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exâgeran otros; se comparan los objetos mas discordes entre

sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como excelente lo ménos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su Nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un Escritor ingenuo tales artificios: la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguage de un buen Ciudadano, y el que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

Por estos principios conoceréis quán despreciables han sido vuestras fatigas, y quánto os habeis apartado de la verdad, quando mas habeis querido demostrarla: veréis tam-

tambien que no son doctos, ni jamas han merecido nombre de tales, los que uniendo ideas inconexâs, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles; no solo dañosas á quien las lea, porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque excitando en el Público el prurito de saber à poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

Cesará entónces esta guerra continua, que mantêneis unos con otros, sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñará, que no es dado á la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas, no la señalan los debidos límites, y que igualmente yerran los que gra-

graduan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos; quando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

Ilustrado el Público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará Poetas á aquellos que como vosotros, sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir, ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices: que ni instruyen, ni deleytan, ni pueden excitar en qualquiera Lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

¿Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion, para cantar con ahullido disonante las felicidades de la Nacion Española en la jura de su querido Príncipe?

Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la Monarquía. Rueguen al Cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso bástago del tronco ilustre de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos Héroes. Rueguen al Cielo que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos exemplos que de él reciba, que ni la magestad, ni el cetro son comparables á la virtud; que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los Reyes imágenes de la divinidad en la tierra, que ella sola

une

une en durables vínculos al vasallo con el Monarca, y que sin ella los Estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apénas dexan á la posteridad la memoria de que exîstiéron. Rueguen al Cielo que al tiempo mismo que el jóven Príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le halague con ósculo dulce, y entorno le sigan las Ciencias y las Artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que á su vista conozca quánto es mas dichosa una Nacion por ellas, que por el temido honor de sus armas, por los estragos de su victorias: mal necesario tal vez y siempre funesto á los vencidos, y á los vencedores. ¡O! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera; quando despues de largos y felices dias, pasando á sus manos el Cetro Español, vea dilatar el poder, la gloria,

ria, la beneficencia de tan digno Príncipe, aun mas allá de los límites de su grande Imperio.

Estos son los deseos de la Patria: tales son sus votos, y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías, y no os pide en tal ocasion elogios insulsos, ni versos ridículos y despreciables, que para ser buenos Ciudadanos no es menester ser malos Poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente à los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspìro; cuyas obras, no bien conocidas todavía en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran à obscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmor-

tal

tal de su Nacion y de su siglo.

Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera! .. Vete, y dí á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida: que se retiren, y que si es posible emendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exîgen su ignorancia, su locura y su atrevimiento: llevadle.

No bien hubo dicho llevadle, quando entre siete ú ocho cargáron con el desventurado tuerto, y le lleváron en volandas hasta unas varandillas que daban á la escalera principal; de allí le dexáron caer sobre los de abaxo, y estos viéndole venir, se previniéron de suerte, que caer, y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fue á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por

el

el ayre de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon, ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del Culto; hasta que cansados de divertirse, le tiráron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal taxada peñola á referir lo que Mercurio hizo miéntras duró la embaxada. Parecióle conveniente no descuidarse, ni fiar á la fortuna el éxîto de aquella empresa: habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension extrafalaria de los Filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los Poetas que imaginó mas inteligentes, y acostumbrados á tales peleonas: rratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó, por último, que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen quantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolviéron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los Eruditos á que dexando el portalon, pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos

des-

desde las ventanas que habia al rededor quanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha: la izquierda Don Diego de Mendoza: el centro Don Alonso de Ercilla; y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al Conde de Rebolledo acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virues, y otros sugetos de acreditado valor y experiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocupáron en conducir ácia la escalera quanto halláron que podia ser útil para un caso de rompimiento: acudiéron luego al repuesto de los malos libros, y lleváron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entónces no habian servido de gloria á sus Autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se

hiciéron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á qualquiera, quando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho, pues, todo lo que va referido, sucedió la baxada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuese volando á decir á su hermano quanto habia dispuesto. Hallóle que baxaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debian, ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella quadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder mal de su grado á las instancias de Apolo, y dexándole en la escalera, se remon-

tó

tô al techo para anunciar su venida.

Á este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su Embaxador; pero dando Mercurio un grande ahullido desde allá arriba, les hizo callar, y atender. Díxoles, que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entónces, levantado en hombros de los mas robustos, se dexó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dexando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mugeres, é hijos, si los tenian. Que no creyesen que la Nacion perderia nada perdiéndolos á ellos,

pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamas, ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios exercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos Ciudadanos y gente de juicio. Díxoles, tambien, que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque, ciertamente, aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacedera y trivial, como se habian imaginado, pues qualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llegan á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las le-

tras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dexasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion Enciclopédica, que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta, y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creido Poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos: gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no exîsten.

Mas iba à decirles; pero fuéron tales los

berridos que resonáron en el zaguan, los gritos y amenazas, que Apolo temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se baxó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado Tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos que no necesitaban espuelas se enfureciéron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entónces su frenesí. No es ese, decian, no es ese Apolo: á ese no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros, tomándolo á fiesta y tararira: que venga el hijo de

La-

Latona, que venga, él nos conocerá, y nosotros le adorarémos como hijos obedientes suyos.

Medrados estamos, dixo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invencion? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia, que no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel, y paparos han moscas: para ellos no sirven razones; lo que no les duele no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.

Dicho esto, se metió entre los suyos: repitio las órdenes: previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llo-

Llovian librotes sobre los Literatos intrusos, unos viejos, sucios, y despilfarrados, y otros nuevecitos, y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas, y elogios ultramontanos, y notas, y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas; no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sugetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasáron de veinte los que cayéron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorze contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los Xefes procuraban contenerlos, conociendo quán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pe-

Pero á este tiempo ocurrió un accidente, que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, viéron venir de retorno por el ayre el tenebroso *Machâbeo de Silveyra*, que arrojado de robusta mano, parecia una bala de cañon segun el ímpetu que traia: hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote, dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuviéron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola, que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus pies, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegáron allá los *Comentos de Góngora*, que esta era la gracia de los tales vo-

lú-

lúmenes, quando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios, que advertido por los de Apolo, se adelantáron algunos á querer seguir ácia aquella parte la derrota; pero así que se alejáron de los demas, se viéron rodeados de enemigos, y cortado el paso á la escalera: diéron y recibiéron golpes crueles, y con no poco trabajo pudiéron volverse á incorporar en sus líneas; sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Christobal de Virues que pasase á gobernar el ala derecha, y remediado con prontitud el desórden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos exércitos; y vió que del contrario se retiraban muchos ácia el patio asaz dolientes y malferidos: otros se ocupaban en conducir á algunos

á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes exercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con quartos segovianos, colocaban por su órden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento; y usaban varios remedios, ni muy costosos, ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, hieso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines y buenas razones.

Observado esto, partió ácia la escalera para dar aviso, y ordenar lo que convenia: preguntó por su hermano, y le dixéron que habia desaparecido con las Musas y todas las demas mugeres: esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísi-

ma

ma conducta de Apolo; porque uno de los Poetas, que habia ido á rebusca de libros, vino diciendo, que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mixtos, y que el Dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los Pedantes, era indubitable su destruccion.

Que me place, dixo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que manda el ala izquierda, sostenido por el Conde de Rebolledo, abanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos, á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen órden siempre ácia el patio describiendo un quarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Miéntras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrán sobre la

de-

defensiva, y abanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó abanza.

Así se empezó á executar, cargando D. Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibiéron sin mostrar flaqueza, ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas, sino muy á toca ropa, no dexáron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo que le diéron con los *Reyes nuevos* del famoso *Lozano*: Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro, que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dexaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pier-

na izquierda un Poetilla ridículo, Autor de siete Comedias Góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero, á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla D. Alonso de Ercilla, gritó en alta voz: *hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.*

Corrió la órden, y al repetir la línea *descarga, y al patio*, comenzó á caer tal granizo de libros sobre los Pedantes, que desde luego los ménos locos reconociéron ser inevitable su ruina.

¿Y cómo la podrian evitar? si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el Cielo mismo se

des-

desplomaban sobre aquella gente. Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de Medicina bañados en sangre: allí las Historias Sacro-profanas de Imágenes aparecidas: allí tomos gigantescos de Filosofia, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el ayre contra otros, no ménos disformes, de Sermonarios, Crónicas de Religiones, y disputas ridículas, en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando quanto debaxo de sí encontraban: allí, entre los pesados é indigestos Genealogistas, cruzaban los Comentadores, Glosadores é Intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de obscuridad y confusion babilónica; y allí, por ultimo, saliéron á volar las producciones del

ingenio, las fatigas deliciosas de los Humanistas y Poetas. Las coplas del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los Barberos: las del *Cura de Fruime*, *Gerardo Lobo*, la *Madre Ceo*, *Boscan y Garcilaso à lo divino*, *Jacinto Polo*, *Cancer*, *Benegasi*, *Villamediana*, *Bocangel*, *Tafalla*, *Zabaleta*, *Montoro*, y *Salas Barbadillo*, con el *Arte de Gracian*, y las Comedias, silvas y romances de *Henriquez Gomez*: allí el *D. Quixote de Avellaneda* hizo oficio de bala, habiendo ántes servido de pelota en los infiernos; y las *Comedias de Cervantes* revoloteaban tambien, con risa de su Autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguiéron á éstas las de *D. Tomas de Anorbe y Corregel*, con su miserable *Paulino* entre ellas: las de *Bazo*, *Quadrado*, *Guerrero*, *Sedano*, *Ibañez*, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero lue-

go

go cayéron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Cárlos famoso*, la *Hesperoida*, las *traducciones de Ariosto*, el *Poema de S. Rafael*, la *Mexicana de Gabriel Laso*, la *Conquista de Sevilla* en quartetas, el *César Africano*, la *Nueva México* de *Villagran*, la *Argentina* de *Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo *Juan de Yague*, y el mas que todos ellos fastidioso Poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de Misceláneas, Novelas, Famas póstumas, Justas poéticas, Coronaciones, Entradas, Beatificaciones, Loas, Certámenes de escuela, Autos Sacramentales, Autos al Nacimiento, Funerales, Villancicos, Motetes, Follas, y una pestilente multitud de Tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables,

No hubo resistencia: los Eruditos huyéron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio, alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolar sobre ellos, como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo qual dirigiendo su discurso á los Pedantes, que hallándose encerrados en el patio, peleaban desesperados por salir de él, les dixo de esta manera:

Señores Eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y moxicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada

bue-

bueno se ha conseguido. ¡Yo no sé, ciertamente, dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué, ni para qué! ¡y entre Literatos! ¡entre Humanistas! ¡entre Poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera, que no vale un pito: si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un Memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, Señores Pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un Diputado á mi hermano, para que en nombre de todos le dixese vuestra solicitud, me ví en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero éste, por desgracia vuestra,

nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

Yo, la verdad sea dicha, no gusto, ni he gustado nunca de estas pélamelas, y mucho ménos entre gentes de suposicion y buena crianza: he hablado á Apolo, y convencido de mis razones à favor vuestro, dice, que siempre que se le pidiera una cosa justa, y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así, que, Señores mios, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanza, ántes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningun chisgaravis, sino un Erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que ten-

tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimacion del Público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado quanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías, que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quien debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor: repetian las palabras de Mercurio en que pedia un Li-

terato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. ¿Y quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros: cada qual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento: oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número: saliéron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzáron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó quán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en

otra

otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada qual la opinion de docto y único en su línea, y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gente desesperada, que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y quando todavía proseguian los Literatos en hacerse añicos, comenzáron á baxar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios, que hiciéron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba à los de abaxo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios,

pla-

platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los Autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio, que los puso en mayor conflicto. Comenzáron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceyte frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza: diéron á huir ácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa: el exército de Apolo se abrió en dos columnas para que dexándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar

des-

despues en la retirada: y así que los viéron fuera, saliéron detras el Conde de Rebolledo, y D. Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos, y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decian que se rindiesen como algunos de ellos lo habian hecho (incluso el Embaxador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja) porque si adelante seguian perecerian todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á bue-

nas

nas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atravancar malezas, y no dar oidos á quanto les decian: esto fué lo que hiciéron; hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzáron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando ahullidos se precipitáron en una gran laguna que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales, libráron mejor, porque cayéron en manos de los de Apolo: recibiéron todo agasajo y buena asistencia: se les catáron las feridas, y fuéron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia mereciéron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los Poetas buenos, y todos los de casa, no se hartaban de dar gracias al Cielo por tan

fe-

feliz victoria: despacháronse Extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo dia; y en ocho que duráron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate, ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un Dios que protege la buena Poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzan se encargáron de exâminarlos separadamente, para ver á quántas estaban de locura; y en vista del informe que presentáron estos Jueces, se mandó, que algunos de ellos, despues de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los Registros del Parnaso, y sendas cestillas, en que se les puso su racion

de

de pan, queso y pasas; y á los mas contritos, por via de ayuda de costa repartiéron las caritativas Musas de propio caudal unos quantos maravedises.

Á los restantes (incluso el Tuerto), que á juicio de los Exâminadores eran incurables, los encerráron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

FIN.

